

LA VOZ DE LA CARIDAD

N.º 287.—15 de Febrero de 1882.

*Dios es caridad, (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES (1).

D. A. C.—Rivadeo.—Recibimos su libranza con el importe de las suscripciones y 10 rs. para una limosna, por la que damos á V. infinitas gracias en nombre de los socorridos. Tambien le agradecemos mucho su constante cooperacion y las molestias que le ocasiona.

No comprendemos por qué no ha recibido V., como dice, varios números de la Revista, pues los remitimos siempre con puntualidad. Si nos dice V. qué números son, se los enviaremos *por si llegan*.

***—Llegaron los 100 rs. Que la salud recobrada sea tan perfecta y duradera como bueno es el medio de celebrarla auxiliando á los desvalidos.

PATRONATO PARA LAS MUJERES PRESAS.

Una de las caritativas señoras que forman parte de esta benéfica *Asociacion* nos dice lo siguiente:

«Barcelona 2 Febrero 1882.

Con verdadera satisfaccion puedo comunicar á V. que, aprobado ya nuestro Reglamento para constituir el *Patronato para mujeres presas*, el domingo pasado hicimos la inauguracion, con toda la solemnidad que podia dársele, en la iglesia de la Merced, protectora esta Virgen de nuestra Asociacion. Asistió nuestro celosísimo Prelado, á quien se debe la fundacion, una Comision de la ilustre Junta de cárceles y una concurrencia numerosa. Predicó el Director espiritual de la Obra, quien en un elocuente discurso procuró convencer al auditorio, de la necesidad que hay de que las personas caritativas se ocupen de los presos, hoy tan abandonados. Veremos los re-

(1) En nuestro número anterior se equivocó una de las iniciales de la persona que ha dado la limosna de 100 rs.; en vez de doña S. R. de A., es doña S. L. de A.

sultados que se obtienen; pero atendida la dificultad de una empresa hasta ahora tan desconocida, nosotras estamos satisfechas.

La Junta de cárceles ha consignado en actas, y nos ha remitido una atenta comunicacion, diciendo con cuánta satisfaccion ha visto en la nota que le hemos dirigido, los trabajos llevados á cabo durante el espacio de 16 meses. Igual nota remitimos al Juez decano, al Gobernador y á las redacciones de algunos periódicos, aunque para éstos no iban los nombres de las reclusas protegidas. Dos de ellas las tenemos sirviendo, con buena conducta, quince recogidas en Asilos: se han vendido unas 15 docenas de pares de medias y calcetines, y se les han repartido muchos pañuelos, delantales y zapatos nuevos y varias prendas ya usadas.

Ha aprendido á leer en la clase que se les dá, una jóven que nos hace esperar su arrepentimiento y que se acojerá al Patronato tan luego como salga en libertad.

El Sr. Obispo repartió libros y rosarios á todas las reclusas.

Todo esto no deja de ir acompañado de sus espinas, pues usted comprenderá muy bien que en un patio de presas hay mujeres capaces de mucho mal, y que á veces es preciso pasar por miope, pero todo se puede sufrir por salvar una alma para Jesucristo. Esto nos animó para introducirnos en un lugar harto repulsivo y entablar relaciones con séres tan desgraciados como degradados muchos ellos. A contar con más personal, emprenderíamos el amparo de los niños, más dignos de compasion que las mujeres. No desconfiamos, sin embargo, de que algun dia se pueda llevar á cabo.

No tenemos pretensiones de que nuestra obra llame la atencion; pero si V. considera que diciendo algo de ella puede animar á otras señoras á imitarla, nos alegraríamos mucho verla propagada en otras localidades, y contribuir todos, cada uno segun sus fuerzas, á sanear estos focos de corrupcion.

J. M. DE S.

Puede asegurarse que no hay obra de caridad más difícil y meritoria que la de amparar á las mujeres presas ó penadas; porque no hay nada moral, y aun físicamente tan repulsivo, como esas criaturas, que á veces llegan en degradacion hasta donde no se puede ir más allá. Cierto que no son así todas, ni en ocasiones las más, pero sobre el dolor que causa verlas confundidas y expuestas las sanas ó levemente enfermas al grave contagio, en prisiones como las de España, sue-

len dar el tono las peores, de manera que el nivel moral aún aparece más bajo de lo que realmente está, y se necesita todo el fuerte impulso de la caridad más ardiente para vencer la repugnancia que inspira la culpa de que, lejos de hacer penitencia, se hace gala.

En ninguna parte hay obra benéfica más dificultosa que el patrocinar y procurar la enmienda de los presos y penados; pero esta dificultad aumenta en España hasta un punto imposible de calcular y con ella el mérito de los que la vencen ó intentan vencerla.

En otros países la opinion sostiene; aquí abandona si acaso no vitupera. No será imposible que al saber los disgustos que las piadosas señoras que componen el *Patronato* no podrán menos de tener en el ejercicio de su difícilísima mision, diga alguno ó digan muchos *que les está bien empleado porque estaban mejor en su casa cuidando de ella, que no yéndose á la cárcel á tratar con mujeres perdidas*. Así se piensa y se habla muchas veces, dando al egoismo visos de prudencia, y bajo pretexto de encarecer el recojimiento, escarmentar la abnegacion.

En otros países, los gobiernos y las autoridades no solo protegen, sino promueven el patronato de los presos y penados, auxiliándolos moral, y aun materialmente, con auxilios pecuniarios; aquí los gobiernos y las autoridades son hostiles; no quieren que las *Asociaciones* caritativas entren en los presidios y las cárceles, niegan la aprobacion de sus reglamentos, y el del *Patronato para mujeres presas de Barcelona*, no se ha aprobado sin grandes dificultades y mucho tiempo.

En otros países, el órden de las prisiones facilita la obra de patrocinio para los reclusos, que es un elemento de moralidad venido de afuera que se armoniza con los que hay dentro; aquí el elemento moralizador es un cuerpo extraño, halla dificultades en cuanto le rodea, y hostilidades en vez de concurso.

Si de la atmósfera de la cárcel ó del presidio, tan apropiada para la reincidencia, se pasa á la de la sociedad, no se la encuentra más propicia para la regeneracion. ¡Qué de estí-

mulos para el mal! ¡Qué de obstáculos para el bien! ¡Qué masa tan enorme de perversidades impunes ó triunfantes, qué de escándalos que ya no escandalizan, ostentándose como estímulos para al vicio y escarmientos para la virtud.

Tales son las circunstancias que no han retraído á las piadosas señoras que forman el *Patronato* y que ponen muy alto su merecimiento, aunque logren muy poco fruto, aunque no consiguieran nada, porque hay empresas que con solo intentarlas se hace la buena obra de dar un buen ejemplo. Pueda este tener imitadoras; puedan otras cárceles donde no habrá tanta maldad acumulada como en la de la capital de Cataluña, recibir la visita caritativa y el patrocinio tan necesario para las míseras presas, y puedan las señoras de Barcelona tener la satisfaccion de haber sido las primeras, sin el desconsuelo de ser las únicas.

CONCEPCION ARENAL.

CONSUELOS Y DESCONSUELOS DE UN CIEGO.

IV.

(Continuacion) (1).

Las privaciones en un órden puramente físico y material, que acabo de indicar, no son quizá la parte más dolorosa de mi terrible ceguera. Triste, tristísimo es no ver el sol y los paisajes y la naturaleza toda, cuyas magnificencias, como obra de un poder divino, forman el encanto de quien las sabe contemplar con espíritu recogido; pero hay algo todavía peor.

El hombre no vive solo de esas contemplaciones externas: vive tambien de afectos, de sentimientos tiernos, y esta es la parte más delicada de las funciones de nuestra alma.

Magnífico es ver y admirar las cataratas del Niágara ó de Schaffose, pero es más dulce contemplar la sonrisa infantil de un hijo querido. Bello es mi país natal, con la admirable bahía de Nápoles, con el ameno monte Posilipo á la derecha,

(1) Véase el número anterior.

rodeado de quintas, viñedos y arbolados, formando el jardín melancólico que rodea la tumba de Virgilio; al frente San Telmo, y á la izquierda el Vesubio con su ondulante penacho de humo imponente: bello es todo esto en que la naturaleza y el hombre parecen haberse puesto de acuerdo para presentarnos pálidos recuerdos del paraíso terrenal del Génesis ó de los Campos Elíseos de la absurda religion mitológica; pero nadie preferiria todas estas bellezas al fluido magnético con que dos corazones amantes se contemplan con pasion en la reciprocidad de una mirada.

¿Quién puede dudar que esas dulcísimas emociones del corazon necesitan de los ojos para realizar por completo el goce que pueden desarrollar? Sentir y amar sin ver está reservado tan solo al amor divino, porque entonces el alma se abstrae de la materia, que la aprisiona y la rodea, para elevarse á la contemplacion ideal de todo lo divino.

Estas son, sin embargo, situaciones excepcionales, que solo están reservadas á espíritus de una elevacion excepcional tambien y en circunstancias y momentos solemnes de la vida. La española Santa Teresa, modelo de corazones inflamados del amor más sublime, la que decia: *¿Sabeis lo que es el infierno? Pues es un lugar donde no se ama*, ciertamente no necesitaba de los ojos para sentirse poseida de amor divino y de caridad humana.

Pero nosotros, los imperfectos, los que estamos tan lejos de alcanzar ni una mínima parte de esa sublimidad; nosotros, el vulgo de los que tenemos un fondo grande de ternura, pero aplicable solo á séres humanos; los que elevamos en momentos dados el espíritu al cielo, sin desprenderlo de la tierra; nosotros, y con nosotros la inmensa mayoría del género humano imperfecto y perfectible, necesitamos para esos goces afectivos del alma ver lo que amamos y conocer con los ojos lo que afecta á nuestro corazon.

Cierto es que esto materializa lo espiritual y empequeñece lo sublime; pero así existe porque así está constituida nuestra alma para la vida del sentimiento.

Se cuentan grandes sufrimientos de los ciegos, y yo soy ejemplo patente de ello, pero no se cuentan grandes rasgos

de ternura porque la falta de la vista paraliza el movimiento de las expansiones del corazón.

Esto, sin embargo, aceptable como regla general en los ciegos de nacimiento, tiene terrible excepcion en los que vieron y no ven, en los que tienen desarrollada la sensibilidad y abierto el corazón á las impresiones de la ternura. Así me sucede á mí, y por eso constituye uno de los más dolorosos efectos de mi ceguera. Al extinguirse la vida de mis ojos, debiera haberse amortiguado la de mi corazón para hacerme más soportable la perpétua oscuridad, pero no ha sido así, y en medio de mi falta de familia y de mi escasez de amigos, todavía me quedan algunos seres queridos en quienes sentir la privacion de la vista para gozar de su compañía.

A mi buen amigo Jacobo le conocí cuando yo tenia vista, y mientras me acompaña con santa paciencia y misteriosa abnegacion, me lo figuro como es y como yo le conocí; pero Jacobo tiene una preciosa niña de 11 años, á quien yo no conocia antes, pues se crió en compañía de su abuela. Ahora vive con su padre, de quien es el encanto y el consuelo, porque no tiene más familia que esta niña. Viene con él á mi casa muchas veces, casi todos los dias, y me ha tomado un cariño casi filial.

Yo se lo tengo tambien: su voz dulce, sus precoces manifestaciones de un corazón santamente inocente me entretienen, me consuelan y me dañan al mismo tiempo. Es una criatura angelical, que yo querria con amor puro y vehemente, al igual casi de su buen padre; que quisiera *ver* y que solo me está permitido *oir*. Tiene además para mí, en las inflexiones de su voz y en su modo de expresarse, una influencia extraña, que la pobre niña está muy lejos de conocer. Me recuerda y me representa vivamente á mi hija Ernestina cuando tenia su edad; y por un fenómeno, efecto sin duda de mi imaginacion calenturienta y dolorida, cuando está á mi lado y me habla y me llama su pobre abuelito ciego, me hago la ilusion, por absurda que sea, de que es ella, mi Ernestina, que no ha muerto, que está á mi lado y que, si no la veo, es sólo por mi ceguera. ¡Ah! ¡cuánto será el acaloramiento de mi dolor cuando así me abandono á tales alucinaciones de locura!

V.

Hace pocos dias me sobrecogió un violento campanillazo en la puerta de mi casa, y el paso precipitado y voz levantada de la persona que entraba, rechazando al criado que le preguntaba su nombre.

—Déjeme usted pasar,—gritaba.—¿Dónde esta? ¿Dónde está mi amigo querido? ¡Ah! al fin te veo...

Y oyendo esto, me sentí abrazado con vehemencia.

Al fin te veo, habia dicho el desconocido. Yo no podia decir otro tanto. Yo estaba frio, atónito; no le conocí al pronto por la voz, y mi amigo, en la efusion del primer encuentro y por efecto tambien de la poca luz que habia en la habitacion, no se habia fijado en la rígida inmovilidad de mis ojos.

Al fin lo comprendió y su sorpresa fué muy dolorosa. Llegaba en aquel momento de Italia y no sabia mi desgracia. Era Salvatore Serturi, mi amigo desde la infancia, napolitano, pintor como yo, vehemente como buen italiano; el compañero de mis buenos tiempos. Ha venido á España haciendo un viaje artístico y de placer, y por medio de la Embajada de nuestro país ha sabido mi residencia.

En medio de la alegría de volverle á encontrar, ¡cuánto he sufrido por la imposibilidad de ver su semblante! El pobre Salvatore disimula tambien su pena; pero en uno de sus abrazos he sentido mi rostro humedecido por lágrimas suyas. Es una alma apasionada, sincera, modelo de la amistad más verdadera y desinteresada.

VI.

Todavía me esperan penas más dolorosas de este género.

Mi hijo Rodolfo ha prosperado en Lima y recientemente he recibido una carta suya en que me anuncia que viene á España, y no solo sino casado con una mujer excelente en todos conceptos. El buen *Fufo*, que, como ya dije, me profesa un cariño profundo, comparable solo con el mio, se expresa en su carta con los trasportes mayores de alegría por la esperanza cercana de volverme á ver y de pasar á mi lado el resto de su vida.

¡Pobre hijo mio! Ignora mi desgracia. Para no afligirle se la he ocultado con una ficcion ingeniosa. Le escribi (de mano aiena) contándole un supuesto accidente casual, que habia lesionado gravemente mi mano derecha y que me impediria en mucho tiempo valerme de ella. Por eso le decia que mis cartas irian ya de letra aiena y solo seria mia la firma, aunque grotesca por estar hecha con la mano izquierda.

Lo creyó así y no se alarmó. No sabe, pues, que va á encontrar ciego á su padre. Grande será su dolor, pero el mio será mucho mayor aun. No ver yo aquel semblante querido; no conocer á su mujer, que va á ser una nueva y digna hija mia; no presenciar la felicidad de antrambos, que tanto refluiria en la mia propia.... ¡Ah! esta será una de las fases más dolorosas de mi desgracia.

Y andando el tiempo, probablemente sucederá aun más. El jóven matrimonio es natural que tenga hijos: yo sentiré á mi alrededor el bullicio alegre de esta nueva generacion; volveré á sentir las delicias de esta especie de segunda paternidad, pero todo en oscuridad completa. Tendré en mis brazos esos pequeños séres, sangre de mi sangre, alegría de mi hogar, y ¡no los veré! ¡Me llamarán, como la niña de Jacobo, su abuelito ciego!...

¡Dios mio! si tanto he de sufrir aún, dadme uno de esos alientos de fortaleza y de consuelo, no imposibles á tu poder divino. Si es mucho pedir el milagro de la vista, te pido ya solo el beneficio de la resignacion, para que mi hijo me encuentre con ella y sufra menos de lo que sufriria si me viese desesperado y triste.

Pero ¿dónde encontrar esa resignacion que tanto deseo y necesito? La buscaré; pondré todos los medios. Si la fé ayuda á mi razon, aun podré hallar consuelo. Voy á intentarlo.

(Se continuará.)

FAUSTO.

IMPREVISION.

El ahorro es el correctivo moral y social de la imprevision,

y las instituciones de prevision que de él reciben alma y vida, lo realizan ó favorecen.

Ya dije del ahorro, apreciándolo en abstracto y en sus más generales términos, los encantos que encierra y los portentos que produce (1). A su lenta pero infatigable accion se deben las principales maravillas del progreso humano. El es firmísimo punto de apoyo sobre que la dignidad humana se levanta y mantiene.

Importa, por todo esto, estudiar con cariño unas instituciones que tanto dignifican la personalidad humana y favorecen el progreso social.

Instituciones de prevision.

Se dicen con este título todas las instituciones inspiradas por el espíritu de orden y de sábia preparacion contra los graves accidentes á que la vida está expuesta, principalmente entre las clases obreras.

El ahorro, repito, es la fórmula práctica más concreta que domina en estas instituciones.

Los Gobiernos deben abrir manantiales de pública riqueza, multiplicar medios de subsistencia, fomentar ahorro y desarrollar trabajo; y evitarán de este modo los mayores gastos de las enfermedades y la miseria.

Los obreros deben aprovechar las instituciones de prevision, y tranquilizarán el presente, y arreglarán el porvenir, con provecho propio y beneficio social.

El Gobierno y la Administracion pública pueden decirse las más grandes instituciones preventivas.

El medio previsor más acreditado y hoy más en práctica es el desarrollo de las obras públicas.

Pero tambien tienen carácter de previsoras las instituciones de educacion é instruccion; las sociedades cooperativas y las de socorros y de seguros mútuos; las cajas comunes de ahorros, las escolares y las de talleres y fábricas; los retiros civiles, militares y populares; los Pósitos, Montes de Piedad y

(1) LA VOZ DE LA CARIDAD, número 259, 15 de Diciembre de 1880, página 251.

Bancos populares; las medidas higiénicas, y cuantas acusan tendencia á conocer aptitudes y favorecerlas, y á aumentar y facilitar medios de subsistencia, trabajo y moralidad.

Son variadísimas las formas que reviste la prevision particular, preferente objeto del presente estudio. Porque antes de invocar la caridad pública, el trabajador ilustrado y virtuoso agota todas sus fuerzas y recursos. Casi siempre sucumbe bajo el peso agobiador de la desesperacion, por desconfiar de sí mismo y del porvenir, ó por abdicacion de sus propias fuerzas. Cuando tiene su existencia asegurada aun para la vejez, desarrolla recursos inesperados.

En 1857 se formó en Génova una Sociedad de prevision para el pago de los alquileres. Sus colectores van á recoger de los asociados, á domicilio, cada ocho ó quince dias, el importe de los alquileres, deducido el 8 por 100 que la Sociedad abona á condicion de que los pagos se hagan con regularidad. No son admitidos en la Asociacion los que pagan más de 250 francos.

Desde 1875 existe en París la Sociedad de las Instituciones de Prevision (1). Su objeto, científico y benéfico, es fomentar y favorecer el estudio comparativo de las legislaciones, de los procedimientos y de los hechos referentes á las instituciones de prevision en los diversos países del mundo; fomentar las ya fundadas ó próximas á fundarse, ayudar su desenvolvimiento, y propagar los proyectos y los medios más apropiados para difundir los hábitos de prevision.

Publica y patrocina escritos conformes con su objeto.

Ayuda con recompensas y consejos las obras de prevision y á los más dedicados á ellas.

Imprime un *Boletin* que reparte entre los asociados.

Sus miembros de número pagan 10 francos anuales y reciben el *Boletin* y todas las publicaciones de la Sociedad.

Está dirigida por un Consejo de Administracion y por una Junta de Gobierno.

(1) Fundada el 14 de Noviembre de 1875, y autorizada por acuerdo de 24 de Marzo de 1876.

Establecida en la calle de Rennes, número 44, Hotel de la Sociedad de Fomento de la industria nacional.

M. de Malarce es su Secretario perpétuo.

Y puede conceder el título de sócio á los extranjeros distinguidos por sus escritos ó fundaciones, en relacion con el objeto que persigue.

Durante la Exposicion universal de 1878 se celebró en París, con otros varios Congresos internacionales, uno sobre las Instituciones de prevision; prueba evidente de la importancia que han conquistado estos estudios.

Por desgracia, España no es modelo de prevision: vicios históricos y añejas costumbres son mucha parte á mantener entre nosotros el contrario defecto; y siquiera los últimos tiempos acusen un cambio consolador en nuestras costumbres, apenas han logrado carta de naturaleza en este suelo importantes instituciones que ya realizaron maravillas en muchos otros pueblos cultos.

No quiero decir con esto que nos sean desconocidas las instituciones de prevision. Algunas de ellas hasta tienen entre nosotros verdadera importancia histórica y como cierto tinte nacional: otras, aunque tímidamente, se vigorizan y se propagan, adaptándose á las costumbres patrias, y no pocas empiezan á conocerse y á conquistar adeptos. Para consagracion y defensa de unas; para propaganda y aclimatacion de otras, y para conocimiento é ilustracion de todas, procuraré decir algo, siquiera sea á la ligera, de las instituciones de prevision más simpáticas ó más útiles.

(Se continuará.)

FERMIN H. IGLESIAS.

FANTASÍA DE PASCUAS.

I.

Señales del delito.

No hace muchos dias que los dependientes de uno de los bazares más céntricos y concurridos de Madrid, observaron por la mañana, al abrir el establecimiento, señales evidentes de que alguien habia saqueado durante la noche los escaparates.

No cabia duda: los pupitres y los armarios de los juguetes hallábanse abiertos, y en evidente desorden. Varias muñecas yacian por el suelo, los coches y toda clase de vehículos es-

taban fuera de su sitio unos, y volcados otros; las cajas de objetos rurales, como casas campestres, establos, vacas, árboles, andaban desperdigados por la anaquelería; las cocinas daba lástima verlas, los tocadorcitos para señoras ofrecían un aspecto desolador; la reluciente vajilla, los platos de porcelana y de metal, los cubiertos de mil formas y tamaños, estaban mezclados, confundidos, revueltos, viéndose sobre las mesas de algunos comedores indicios palpables de algo extraordinario—como si allí se hubiese celebrado una orgía, y como si los vicios terrenales, la gula, la intemperancia, el desenfreno, se hubiesen desencadenado por aquellos salones de carton y de papel pintado.

Los telones de varios teatritos se encontraron rotos; y en el corredor central del establecimiento, todo á lo largo, desde los escaparates de juguetes hasta la puerta, multitud de soldados de plomo y de madera descansaban tirados por el suelo en dos filas semi-ordenadas, tal como podrian quedar los árboles de un paseo si en un momento dado fueran desarraigados todos por vendabal furioso.

Los demás escaparates, aunque encerraban objetos de gran valor, hallábanse intactos. En las cajas donde se guarda el dinero, tampoco se observó fraude alguno.

Era evidente que los malhechores no se habian cebado más que en los juguetes.

¿Quiénes habian sido? El dueño y los dependientes del bazar solo tenían un rayo de luz que les guiase al través de aquel dédalo de confusiones.

Cierto que no podian determinar á punto fijo el número de objetos sustraídos. Un padre de familia conoce á todos sus hijos, aunque compongan numerosa prole... Pero, ¿cómo es posible que un comerciante sepa á punto fijo las docenas de muñecos, de todas clases y condiciones, que en su casa se albergan?

¡Y luégo, en medio de aquel desórden, quién era capaz de hacer el inventario!

Dióse aviso, sin embargo, á la autoridad...

Los horteras declararon:

1.º Que al penetrar en el establecimiento, habian escuchado un rumor multiforme, sordo, confuso, que cesó en el acto.

Y 2.º Que no habian observado ninguna señal de fractura en la puerta.

Varios dependientes hicieron esta declaracion:

El dia anterior se habia notado que un muchacho estaba con bastante insistencia parado ante un escaparate de jugue-

tes. Más de una hora permaneció en aquel sitio, con las manos en los bolsillos y traspasando con ansiosas miradas los cristales. Por fin, el escaparate quedó abierto un solo instante, y entonces vióse al chiquillo levantar un brazo y dirigir su puño cerrado por la abertura del escaparate.

Luego se volvió, y al ver que era observado, pusiéronse rojas como la grana sus mejillas. Con aire indiferente, como quien no ha hecho nada, se dirigió hácia la puerta de la calle.

No se le podía decir nada. Después de todo, el muchacho no había tocado ningún objeto. Si tenía intención de llevarse algo, se lo impidió la vigilancia de los dependientes. Además, á juzgar por el traje, no era ningún pillete. Iba muy bien vestido, y el mismo rubor de sus mejillas acusaba buena educación y un fondo sensible y delicado.

Pero todo podía ser fingido.

¿Sería aquello el primer indicio del robo? ¿El muchacho era un espía? ¿O era quizá el precoz jefe de alguna partida de niños criminales?

Nosotros tenemos la clave del misterio...

Vamos á decir lo que había ocurrido.

II.

La carta misteriosa.

El niño en cuestión había arrojado un papel al interior del escaparate.

Era una carta pequeña, microscópica, escrita con caracteres liliputienses.

Y cuando por la noche se hubieron apagado todas las luces del establecimiento, y cuando resonaron á lo lejos las últimas pisadas de los dependientes, en medio del silencio del gran bazar lleno de objetos, que estaban sumidos en las delicias del primer sueño, oyóse una voz atrevida, chillona, mujeril, que gritó alegremente:

—¡Señoras, caballeros! ¡carta del monigote!

El monigote era un rey de barro cocido, con tiara y manto de armiño, y el cual ignoraba su propia estirpe, hasta que una señora había preguntado al dependiente:—¿Cuánto vale ese rey?

Convenido el precio, la señora se había llevado el muñeco; y una dama muy elegante, muy bien vestida y con resortes para menear la cabeza, mover los piés y levantar los brazos, había hecho al rey Mago un saludo, diciéndole casi burlescamente:—Escriba usted en llegando.

Ahora bien; un niño había sido correo de gabinete, y apenas resonó por la sala el anuncio de la carta, prodújose un

movimiento extraordinario de curiosidad entre la familia muñequil y juguetona.

—¡Oigamos! ¡oigamos!

En un instante se encendieron las velas de unos candeleros de plomo; las mujeres acudieron las primeras; éstas en camisa, aquellas en traje de cantinera; unas vestidas de aldeana, otras de duquesa... pero todas sonrosadas, frescas, guapotas, con ojos brillantes y rasgados, tez nacarada y carmínea, pelo rubio y encrespado, cubiertas de cintas, de gasas, de raso, y con unos zapatitos de color que daba gusto verlos.

Después se acercaron los que tienen carruaje ó montan velocípedos, y detrás toda la abigarrada cohorte de gimnastas, arlequines, titiriteros, doctores graves, animales sábios... un mundo entero en miniatura.

—Atencion—dijo la dama de más alto copete.—La carta dice así:

«Queridos compañeros: He llegado sin fractura á mi destino. ¡Qué bien estoy colocado!... ¡Sabeis lo que es un nacimiento? ¡Oh! envidiadme y reventad de fastidio en vuestro escaparate.

Me encuentro en un valle encantador, todo lleno de pastores y zagalas y cubierto de verde y tupido musgo. Aquí los rios son de cristal y las arenas de los senderos lucen como átomos de oro. ¡Hermosa perspectiva! Los bosques de mirto y de lentisco son atravesados por ovejas y cabras de seductor aspecto... En lontananza se vé un castillo arruinado, más allá un pueblecito que debe pertenecer á los dominios señoriales, y en los picachos de la montaña cuelgan, como nidos de palomas, casitas blancas, á cuya puerta picotean el suelo unas aves que parecen gallinas. No tengo más obligacion que ofrecer constantemente á un niño reciennacido el oro que, sin yo saberlo, llevo en la caja que recordareis haber visto en mis manos. No conviene que los niños se aficionen desde la cuna á las riquezas. Tengo un camello á mi disposicion y un asno y un buey que asoman las cabezas por el establo y me miran con ojos de ternura y simpatía.

¡Ah!... ¡y cómo se han reído los niños de la casa al contemplarme encorvado junto al pescbre!

Han hecho una irrupcion infantil en la habitacion donde estamos colocados, y unos sonrientes, otros pensativos, han permanecido más de una hora embobados delante de nosotros. ¡Qué charla!... ¡qué gritos de alegría! ¡Qué regocijo tan bullicioso y celestial! ¡Os digo que no sabeis lo que es bueno! Me voy haciendo un sabio. Por de pronto, ya tengo nociones de astronomía... Ya sé que las estrellas del cielo se han inven-

tado para guiar caminantes. Se colocan bonitamente delante de vosotros, y no hay más que seguir las hasta que ellas se paren. Son los itinerarios más seguros.

También he podido comprender que en estos días no hay niño en la tierra que no sueñe con poseer muchos juguetes. ¡Ah!... pero nosotros costamos dinero y hay niños tan pobres... tan pobres, que ni siquiera pueden adquirir un mal muñeco.

Dá grima pensar que vosotros estais ahí inactivos é inútiles, cuando hay tanta criatura que os recibiría con delirante alborozo, que os besaría, que os haría un lado en su camita, y os referiría esas historias encantadoras y divinas que solo poseen los niños.

¿Quereis un consejo?... Sacudid la pereza, urdid un plan, asociaos en forma de legion y sereis invencibles. En una palabra, romped vuestras cadenas, escapaos, distribuios por la población, llamad á las puertas de los niños pobres, y hareis que florezca la felicidad y la dicha en esta capital de España.

Prevengo á las señoras que no se paren á coquetear en las calles, ¡porque hay cada pez!... segun he oido decir á la criada de la casa...

¡Ea, pues! compañeras y compañeros...! ¡ánimo! decidios, y gozareis de un agradable porvenir de ocho días, por lo menos; porque, eso sí, morireis en manos de vuestros infantiles dueños, pero será despues de haber experimentado placeres inefables, despues de haber sido tiranos, conquistadores, dioses de la infancia.

Os desea buena suerte,

EL REY MAGO.»

III.

El motin.

Concluida la carta oyéronse las siguientes exclamaciones:

—¡Qué bien!

—¡Magnífico!

—¡Tiene razon! ¡El muñeco es libre!

—¡Como somos juguetes, juegan con nosotros!

—¡Vámonos?

—¡Sí, á vivir!

—¡Nos tienen arrinconados... cuando es tan grande y tan hermoso el mundo!

—Señores,—gritó la muñeca mayor,—menos palabras y más hechos. ¡Qué hora es?

Más de cien relojes de plomo mostraron su esfera.

¡Eran las doce! Hora de sortilegios, de fantasmas, de emancipaciones.

La muñeca grande continuó:

—¿Quereis que yo os dirija?

—¡Sí, sí!

—Pues oidme.

Y empezó á dar órdenes rápidas, terminantes, estratégicas.

Primero mandó preparar un gran festin para cobrar fuerzas. Los marmitones de las cocinas dispusieron ricos peces de plomo, brillantes aves de pluma postiza, lustrosas frutas de cera...

¡Una bacanal, donde menudearon los brindis á la libertad y á la manumision del esclavo!

Despues, cada cual eligió su casa de campo y sus árboles, para entrar en el mundo con un pedazo de tierra por lo menos... Preparáronse los ferro-carriles, porque no es civilizado quien no dispone ya de caminos de hierro. Se pensó en llevar consigo los teatros. La tropa se pronunció: ella debia ir delante; la artillería derribaría las puertas, y la infantería estaba obligada á marchar á son de combate, inflamada por los ecos marciales de varias manos tocando el organillo, multitud de arlequiles sonando los platillos, algunos perros batiendo el tambor y varios conejos con violines.

Los centinelas daban de cuando en cuando la voz de ¡Alerta!

En esos preparativos se invirtió bastante tiempo.

¡Por fin!

—¡En marcha!

Pero en aquel momento, un rayo de luz inundó el campo de los amotinados.

Era el enemigo.

—¡Somos perdidos!—gritó un centinela.

—...¡Didos!—repetieron los demás.

Y la audaz comitiva quedó estática, inmóvil, paralizada. Varios insurrectos se echaron por tierra.

—¡Hasta otra! se dijeron en voz baja.

Y mientras los dependientes hacian ante la autoridad las consabidas declaraciones, la directora del motin ideaba la publicacion de un periódico clandestino para mantener el ardor revolucionario.

IV.

¡Pobres niños!

Aquella mañana despertaron muchos niños buscando vanamente á su alrededor los brillantes juguetes con que habian soñado.

Y cuando al anochecer voceaban algunos vendedores de periódicos «¡El robo de las muñecaaas!» pensaban melancólicamente multitud de niñas:

—¡Muñecas! ¡Quién las tuviera!

PEDRO BOFILL.